

alía contra el Delfin su hijo, con Enrique V rey de Inglaterra, á quien entrega Paris, haciéndolo declarar regente y heredero de la corona de Francia. Enrique se establece en Vincennes; pero poco acostumbrado á la vida de corrupcion de aquel sitio, no tardó en caer enfermo, y murió en el mes de Agosto de 1422. Carlos VI no le sobrevivió mas que dos meses, y mientras Carlos VII combatía en el Anjou, Enrique VI, hijo de Enrique V y todavía en la cuna, era casi simultáneamente proclamado rey de Inglaterra y rey de Francia. La guerra duró todavía trece años, durante los cuales Isabel no salió de Vincennes, donde continuó entregándose á todos los actos ilícitos que engendraba su imaginacion depravada. Allí estaban aún cuando despues de una de esas orgías que eran su pasatiempo habitual, supo la celebracion del tratado de Harras (21 de Septiembre de 1435), en el que el duque de Borgoña, hijo de Juan sin Miedo, reconocia á Carlos VII. Isabel prorompe entónces en deprecaciones; pero de pronto le falta la palabra, cae sofocada, y espira entregada á aquel acceso de furor.

Poco despues entraba Carlos VII en Paris y se apoderaba de la Bastilla y de Vincennes. Parece sin embargo, que los ingleses recobraron esta fortaleza, de la que fueron de nuevo espulsados algun tiempo despues, porque leemos en una antigua crónica, á la fecha del año siguiente: « En la época enunciada de las « disensiones entre el rey de Francia y el de Inglaterra, maese Santiago de Chabannes redujo á la obediencia del monarca, la ciudad y castillo de Corbelle, y « el castillo del bosque de Vincennes, que tomó con auxilio de un tal Francisco « Regnie, que se habia vuelto ingles. Llamábase Ferriers, y dicho castillo fué « tomado por el Torreón, y se suscitaron acalorados debates entre los franceses « y los ingleses, á cuya disputa se sobrepuso el referido maese Santiago. . . . Y « despues de la toma del bosque de Vincennes, fué dado dicho castillo al propio « maese Santiago, en prenda de veinte mil escudos, que le fueron pagados unos « diez años despues.»

Dueño de nuevo del Torreón de Vincennes, Carlos VII lo hizo su residencia predilecta, tanto á causa de la belleza del sitio; como de la cercanía del castillo de la Belleza, que habia dado á Inés Sorel, su querida; pero la historia no cuenta los sucesos que acaso ocurrieron en aquella mansion real durante el reinado de ese príncipe.

Habiéndose Carlos VII dejado morir de hambre en 1461 por temor de ser envenenado por su hijo, este, ya rey con el nombre de Luis XI, manifestó igualmente particular predileccion á la residencia de Vincennes, en la que permaneció á menudo durante los doce primeros años de su reinado; pero como ese monarca de carácter cruel hacia infinitamente mas caso de las prisiones que de los palacios, y como el Torreón le pareció perfectamente acomodado para ahogar dentro de sus gruesas murallas las quejas de las víctimas encarceladas allí, lo abandonó en 1473 para convertirlo en prision de Estado, destino que conservó hasta 1789, y que le fué devuelto por Napoleon.

La historia de la prision es por consiguiente la que vamos á escribir ahora: las espantosas torturas, los sufrimientos increíbles de las víctimas, son los que vamos á referir: debemos revelar toda una larga série de crímenes horribles. Mas de una vez sin duda rebotará nuestra indignacion: mas de una vez hará caer la pluma de nuestra mano espantosas monstruosidades; pero sostenidos por el amor á la verdad, irémos hasta el fin. *Haz lo que debes, suceda lo que sucediere!*

### III.

Luis XI y Oliverio Ledan.—Felipe de Crouy y Francisca de Amboise.—Amor, cautiverio, evasion.—Gaspar de Heu.—El Torreón de Vincennes, sus reglamentos, su interior, desde Enrique II hasta Luis XVI.

El primer gobernador de Vincennes habia sido el conde de Tancarville, valiente capitán muy apreciado de Carlos V. Posteriormente, en 1420 cuando Isabel de Baviera y el rey de Inglaterra Enrique V, habitaban el castillo y el Torreón, se confió su gobierno á un ingles, el conde de Huntington. Santiago de Chabannes, que tomó la fortaleza por asalto, fué nombrado gobernador de ella por Carlos VII. Luis XI, que odiaba á los grandes y despreciaba al pueblo, nombró para el gobierno del Torreón, cuando resolvió convertirlo en prision de Estado, á Oliverio Ledan, que habia sido su barbero, y habia pasado á ser uno de los ministros de sus venganzas.

En aquella época se hicieron inmensas composturas en el Torreón; no solamente se consolidaron las paredes que tenian de seis á ocho piés de espesor, sino que se fabricaron vade in pace, calabozos subterráneos de grande estension, se clavaron en las paredes, argollas pesadas y ganchos resistentes, y cuando toda la obra estuvo terminada, se trasladó á la nueva cárcel en jaulas de fierro, á varios presos encerrados anteriormente en Montlhery, donde no los creia ya Luis en seguridad. Desde aquel momento dejó el monarca de habitar en Vincennes, del que se hizo Oliverio Ledan hasta cierto punto absoluto dueño. El antiguo barbero volvió á plantar el parque que habia sido devastado por los ingleses, y vivió como verdadero castellano.

Verdad es que los presos del Torreón fueron muy numerosos durante los diez últimos años del reinado de Luis XI, pues no se habian mandado hacer sin objeto, los calabozos subterráneos y los vade in pace, ni se habian llevado sin objeto á una de las salas envobedadas toda clase de instrumentos de tortura; pero esas víctimas de una tiranía inaudita, de una crueldad sin ejemplo, han quedado desconocidas. Sin duda los cautivos que el rey enviaba allí no debian volver á salir.

Como quiera que sea, hasta el año de 1556, tres despues de la muerte de Enrique II, se puede hablar con certidumbre de los presos del Torreón. El mas importante de los encarcelados en esa época era un gentil-hombre español, Felipe de Crouy, duque de Arcos, que habia sido hecho prisionero de guerra. Enrique II ofrecia cangearlo por el mariscal de Bouillon y Francisco de Morency, cogidos por los españoles; pero habiendo puesto Felipe para el cange condiciones que Enrique juzgaba inaceptables, no se verificó, y el duque de Arcos vió agravarse los rigores de su cautiverio.

Jóven, valiente y buen mozo, ese caballero era ardientemente amado de una jóven viuda, prima suya, llamada Francisca de Amboise. Protegida por los Guisa, tan poderosos entónces, habia podido penetrar anteriormente, bastante á menudo, hasta su caro primo para solazar sus penas; pero en cuanto la negociacion relativa al cange de los prisioneros quedó frustrada, se prohibió á la hermosa viuda la entrada al Torreón: por fortuna el amor es ingenioso y no se desalienta por tan poco.

Ya hemos visto que Oliverio Ledan habia vuelto á plantear el parque: sus sucesores formaron jardines. Se necesitaba indudablemente tener algo que recreara la vista y la consolara del aspecto de aquellas altas y negras paredes. Se formó pues, un jardín, luego dos, luego tres, luego cuatro; pero en la época de que hablamos (1556), no habia mas que dos, uno para el gobernador, pegado á los fosos, y otro mas chico interior, en el que podian pasearse los presos privilegiados una ó dos horas al dia. No habia para ambos jardines mas que un solo jardinero, que no daba abasto á sus quehaceres, de manera que el buen hombre llamado Juan Hersan, solicitó un ayudante y obtuvo el permiso de tomarlo con la condicion de que no aumentaria el personal ordinario del castillo, es decir, con la de que iria el ayudante por la mañana á trabajar y se iria en la tarde.

Juan Hersan se puso á buscar un hombre que quisiera aceptar esa condicion: habló con todos los aldeanos de las cercanías, pero ninguno pasaba por ir á encerrarse diariamente doce horas en aquella lúgubre mansion, y maese Hersan comenzaba á desesperar de no encontrar lo que buscaba, cuando un dia, pocos instantes despues de ponerse el sol, al pasar el puente levadizo para dirigirse al pueblo, lo saludó un jóven aldeano de buena figura, que le preguntó si no era él quien andaba buscando un muchacho que le ayudara en su trabajo.

—Si por cierto,—respondió el jardinero:—teneis alguno que proponerme?

—Que lo desee, sí; pero poco inteligente. Es un muchacho que nada sabe y que quisiera aprender, y ese muchacho soy yo.

—Pues bien, amigo,—dijo maese Juan despues de ver á su interlocutor de arriba á bajo,—no se ha perdido todavía el tiempo: tú eres jóven, de buena constitucion, aunque de baja estatura; yo me encargaré con gusto de enseñarte el oficio á la perfeccion; pero debes saber que no se paga á los aprendices.

—A Dios gracias, eso no servirá de impedimento, pues soy hijo de un arrendador de Meaux, bastante rico para dejarme con las bolsas vacías. Lo que deseo es aprender, y puedo pagar mi aprendizaje.

—Por vida mia, muchacho, que Dios Nuestro Señor es el que te me ha puesto al paso, y consiento en perder mi alma, si queda planta cuyas virtudes, cultivo y cualidades no conozcas ántes de veinticuatro meses.

—Es decir que es negocio arreglado?—preguntó el jóven.

—Y que echará raices, porque vamos á regarlo con un clarete de tan buen sabor, que no lo tiene mas esquisito ni monseñor el rey.

Despues de pasar un rato bien largo en la taberna, maestro y discípulo se separaron muy contentos uno de otro. Al dia siguiente se encontraron al amanecer delante del puente levadizo, y poco despues entraban juntos al jardín principal.

—Espero, muchacho,—dijo maese Hersan,—que no estás arrepentido de nuestro convenio.

—Léjos de arrepentirme, maestro, traigo con que celebrarlo. En mis bolsas vienen dos botellas sobre las que quiero saber vuestra opinion.

—En tal caso, irémos á sentarnos detras de aquel grande emparrado, en el que he formado un banco de césped. Allí estaremos con toda comodidad.

Sentados á la sombra del follage destaparon los dos amigos alegremente la primera botella, y poco despues la segunda. A la primera toma habia parecido á maese Hersan delicioso el vino: á la tercera se habian reducido sus ojos á la mitad de su tamaño, y no podia notar que su aprendiz derramaba su taza sobre el césped. Al llegar á la mitad de la segunda botella, dormia ya el jardinero á pierna suelta.

—Magnífico!—dijo en su interior el aprendiz,—tenemos ya andado medio camino.

Y se dirigió corriendo á la puerta de un jardín, cerca de la cual se escondió detras de unos rosales. Llegada la hora de que el duque de Arcos acostumbraba dar su paseo, se abrió dicha puerta, por la que pasaron el duque y su carcelero, y miéntras este se volteaba para cerrarla, el aprendiz llegó de un brinco hasta Felipe, á quien puso un puñal en la mano, y volviéndose al carcelero, le dijo blandiendo otro puñal:

—Una sola palabra, un solo grito, y eres muerto.

—Francisca!—esclamó el duque.

—Sí, soy yo, que quiero salvarte, Felipe mio!

Viéndolos el carcelero armados á los dos, habia permanecido inmóvil y mudo. El aprendiz, ó mas bien Francisca de Amboise, sin dejar de amenazarlo con su puñal le dijo:

—Acuéstate al pié de esa pared bocabajo, y abstente de todo movimiento, de toda palabra: tu vida es á ese precio.

Fué indispensable obedecer, porque las hojas largas y filosas de los puñales brillaban al sol, y dos brazos levantados parecian impacientes por herir.

—Ahora, Felipe,—agregó la intrépida jóven,—coge estas cuerdas: ata y pon la mordaza á ese miserable, de modo que quede en la imposibilidad de dañarnos. Si hace la menor resistencia, hiérello y yo lo heriré al mismo tiempo que tú.

El duque tomó las cuerdas y el pañuelo que le presentaban, y gracias al terror del carcelero, le puso una mordaza y lo ató en tales términos, que no le quedaron al infeliz libres mas que los ojos.

En cuanto terminó esta operacion, condujo Francisca al duque tras del emparrado en que estaba dormido maese Juan Hersan.

—Pronto, amigo,—dijo Francisca,— ponte los vestidos de este hombre y déjale los tuyos en cambio.... No temas que despierte, pues debe dormir seis horas por lo bajo, si la preparacion del médico es tan eficaz, como me lo han asegurado.... Apresúrate: dentro de pocos minutos estaremos fuera de aquí.

Todo esto se hizo con una rapidez maravillosa. Vueltos á la puerta, los dos amantes la abrieron sin dificultad con la llave que encontraron en una de las bolsas de maese Juan; volvieron á cerrarla, y bajándose los sombreros cuanto mas les fué posible como para taparse del sol, atravesaron los patios á paso lento y hablando al parecer de sus trabajos de jardineria. Llegados á la puerta exterior del Torreón, no tuvieron necesidad de solicitar que se les abriera, porque al verlos acercarse, el sargento y el llavero encargados de la custodia de aquella salida, les habian abierto paso por ser con corta diferencia la hora en que maese Juan acostumbraba ir á comer: la casa en que habitaba era una de las mas cercanas al castillo. Con la misma facilidad atravesaron el puente levadizo, y no tardaron en llegar á un lugar del bosque en que los esperaban dos criados con balijas bien provistas y excelentes caballos. Una hora despues estaban en Paris, donde tuvieron que separarse. Los amigos de Felipe de Crouy lo habian preparado todo para que el duque llegara á la frontera y pasara á Madrid, donde debia reunírsele despues Francisca de Amboise, en cuanto dejara de hablarse de la evasion. Entretanto la bella y valerosa jóven se refugió en un convento, de que una de sus parientas era superiora.

Trascurrió bastante tiempo sin que se notara en el Torreón la desaparicion del duque de Arcos. Oscurecia ya cuando el cocinero, sorprendido de no haber visto presentarse al llavero encargado de llevar á ese preso su comida y su cena, lo avisó al oficial de guardia, que al punto esparció la alarma. Se corrió al cuarto del duque, y se le encontró vacío. Reforzáronse al punto las guardias: dióse

orden de registrar el Torreón, el castillo y sus dependencias, con la mayor escrupulosidad, y se formaban ya patrullas, cuando se oyeron gritos salidos del jardín. Dábalos maese Juan que habia despertado, y que al encontrarse desnudo, habia perdido la cabeza y pedia socorro con toda la fuerza de sus pulmones. Se corre á su encuentro, se le pregunta; pero es tal su susto, que no puede pronunciar mas que palabras incoherentes, y se le iba á llevar ya á la presencia del gobernador, cuando uno de los soldados tropezó contra una especie de masa inerte, de la que salió un sordo gemido. Echálábalo el llavero, que en cuanto se le desató, contó cuanto habia pasado. Jardinero y llavero fueron metidos en el calabozo, y en el acto se mandó en todas direcciones tropa de caballería en busca de los fugitivos; pero como ya estos llevaban muchas horas de estar en seguridad, todas las pesquisas fueron infructuosas.

Esta evasion causó sumo dolor al condestable de Montmorency, cuyo hijo Francisco era, como ya lo hemos dicho, prisionero de los españoles. El condestable habia logrado ya entablar nuevas negociaciones para el cange de su hijo con el duque de Arcos, y la huida de este español lo privaba de toda esperanza. Tan profundamente lo afligió la noticia de su escapatoria, que en el acto fué personalmente á solicitar el auxilio del superintendente de lo criminal, Juan Memrier.

—Seguramente han de estar en Paris ese furioso español y su cómplice,—le dijo,—porque no se ha podido averiguar su paradero, y todo lo que se sabe es que los soldados de guardia de la puerta de San Antonio, vieron pasar á eso del medio dia á dos ginetes bien montados, uno de los cuales jóven é imberbe les llamó la atencion por sus formas delicadas y sus modales afeminados.

—Si están en Paris, monseñor,—respondió Memrier,—no se nos escapan. Un número considerable de mis agentes anda por ahí con ese objeto, y ahora mi empeño subirá de punto.

—Gracias, amigo, gracias: haced lo que decis, y tendréis por recompensa la amistad de los Montmorency, la cual puede servir de algo así en paz como en guerra.

—Siempre me esforzaré, monseñor, por merecer esa honra.

—No economiceis gasto ni dinero: voy á dar orden en mi casa, de que se pongan dos mil pistolas á vuestra disposicion, y si no basta esa suma, la duplicarémos. Desde este momento estaré mas tranquilo, porque cuento con vos.

Y el condestable se retiró algo sosegado en efecto, pues no dudaba de la eficacia de su último arbitrio. Con dos mil pistolas, un superintendente de lo criminal hubiera revuelto entónces la ciudad entera, y lo hubiera hecho hasta por ménos; pero como ya hemos dicho, Felipe de Crouy iba ya cabalgando hácia la frontera, á la que no debia tardar en llegar: tan bien tomadas así estaban las medidas de sus amigos.

A los cuatro dias se presentó Monsen Juan Memrier al condestable.

—Está ya en nuestro poder?—fué la primera pregunta de este.

—No, monseñor: preciso es que ese furioso, como lo llamabais con razon, se haya refugiado en las entrañas de la tierra, ó que satanás se lo haya llevado por encima de los techos, porque indudablemente entró el duque en Paris con la señora de Amboise, que está con centinela de vista.

—Pues por qué no haceis hablar á esa sirena ya que le habeis echado garra.

—Porque para eso, monseñor, seria preciso sacarla del convento del Cármen de la calle de Santiago en que se ha refugiado, y donde está bajo la proteccion de monseñor el cardenal de Guisa, y solo con una orden espresa del rey....

—Esta orden se firmará hoy mismo, y aun cuando no, no por eso se nos escaparia la señora de Amboise, así tuviera por protectores á todos los cardenales del sacro colegio. Paréceme que los Guisa se olvidan demasiado del respeto que deben á nuestra casa, y estamos dispuestos á recordárselo, aunque sea necesario sacar á viva fuerza á esa aventurera, de que tan estemporáneamente se han declarado protectores.

El condestable cumplió su palabra, y el mismo dia salió Francisca de Amboise por orden del rey (Enrique II) bien escoltada del convento del Cármen, y fué llevada á Vincennes, donde se le encerró en el cuarto que habia ocupado su caro primo. Se le declaró allí que no recobraría su libertad hasta que el duque de Arcos volviera á la prision, y desde aquel punto se le hicieron sufrir cuantas torturas morales y físicas son imaginables. Como se sabia que era ferviente católica, se puso en su cuarto á las dos calvinistas mas ecsaltadas de todas las que comenzaban entónces á llenar las cárceles. No se le permitió pasearse, se la puso á pan y agua, y como invocaba á menudo el nombre de los Guisa, sus protectores, el gobernador le dijo un dia que sirviendo al rey de España como lo habia verificado, se habia hecho indigna de toda proteccion.

—Vuestra es la culpa,—agregó,—de que monseñor el cardenal haya sido reprendido por el rey, y está muy dispuesto á creer que vuestras intrigas, mas bien se han dirigido contra él que contra el condestable, y vamos á manifestaros al punto como tratan los Guisa á los que los venden.

Calló entónces, y á una seña suya se llevó á la presa á una sombría sala de bóveda, en la que estaban sentados al rededor de una mesa, sobre una especie de estrado, tres personajes vestidos de jueces: un escribano estaba colocado mas abajo, y á pocos pasos de distancia habia horribles instrumentos de tortura. La pobre jóven creyó que se le iba á dar tormento, y arrodillándose pidió á Dios la fuerza necesaria para soportar tan terrible prueba. En aquel momento se abrió una puerta, se llevó á un hombre con las manos atadas por detras á pocos pasos del escribano, se le hizo sentar en un banquillo, y en seguida uno de los jueces le preguntó quien era.

—Soy Gaspar de Heu, señor de Buy, gentil-hombre lorenés,—respondió el preso con firmeza.

—Sí,—replicó el juez,—y el ser gentil-hombre no os ha impedido intrigar contra el rey en beneficio de los religionarios.

—Quién se atreve á asegurarlo? Quien quiera que sea, miente descaradamente.

—Temed que se os haga arrepentir de esa altanería.

—No tengo mas culpa,—contestó el caballero sin bajar la voz,—que la de haberme hecho enemigo de los Guisa, que son enemigos del rey, y que urden tramas criminales so pretesto de religion.

—Negais, pues, haber trabajado para entregar el Estado á los calvinistas?

—Si no lo negara, en vez de confesar una verdad, diria una mentira.

—En tal caso, nos obligais á usar el rigor para averiguar lo cierto.... Hola, Cadillot y Marichu, ha llegado la hora de desempeñar vuestro oficio.

Entónces vió Francisca de Amboise salir por detras de una cortina á dos hombres de aspecto siniestro que despues de escoger entre los instrumentos de tortura colocados en una parte de la sala, los que querian emplear, se acercaron al gentil-hombre lorenés, le metieron las piernas en cepos de madera de encino, se las ataron fuertemente é introdujeron á martillazos el primer cuño en el cepo.

Aquello constituía el tormento ordinario de los *Borceguies*.

Las facciones del caballero se contrajeron al principio; pero no profirió una sola queja.

—Queréis confesar vuestro crimen,—preguntó el juez,—y designar á vuestros cómplices?

—Podeis vencer mi cuerpo,—contestó Gaspar de Heu;—pero no venceréis mi alma. Soy inocente del crimen de que se me acusa, y bien lo sabeis vos.

A una seña del juez se introdujo el segundo cuño, luego el tercero, luego el cuarto. La sangre saltó, los huesos tronaron: en el rostro del gentil-hombre se leía la espresion de los mas horribles sufrimientos; pero ni una queja salia de su boca.

Al quinto cuño profirió un grito terrible. Francisca de Amboise, que se sentia desfallecer hacia algunos instantes, cayó en el suelo desmayada.

Cuando volvió en sí, se encontró en su cuarto, y como se oía en el patio un ruido raro, se arrastró la jóven hasta su ventana, donde se presentó á sus ojos un horrible espectáculo. Dos hombres subian por una escala: el verdugo llevaba en sus hombros á Gaspar de Heu para colgarlo de una horca.

—Compadre,—decia el gentil-hombre,—me flaquean las piernas; pero ya ves que me ayudo con los puños, que son de buen calibre. Un esfuerzo mas, y es negocio concluido.

Apénas habia cesado de hablar, cuando ya le pasaba el ejecutor la cuerda al derredor del cuello, hecho lo cual, lo sacó de la escala de un empujon. En seguida se le montó en los hombros, y se oyó tronar la columna vertebral. Gaspar de Heu habia dejado de ecsistir. Pocos instantes despues recibió la jóven la visita del capellan del Torreón, que le dijo, omitiendo todo preámbulo:

—Acabais de ver cómo tratan los señores de Guisa á sus enemigos: sabed